

LLOVER Y LLORAR: UNA METÁFORA HISTÓRICA

FRANCESCO SCRETI*
UNIVERSIDADE DA CORUÑA

INTRODUCCIÓN

En este breve trabajo se analizará un fenómeno lingüístico en diacronía y en sincronía: el desarrollo del grupo consonántico latino PL- en las palabras PLOVERE/PLOREARE en siete lenguas latinas (italiano, francés, español, portugués, catalán, gallego y tarantino), para dar cuenta de la persistencia de un *mapping* metafórico desde el latín a las siete lenguas vulgares.

La hipótesis es que existía en latín una correspondencia semántica entre PLOVERE/PLOREARE, que se ha mantenido en las lenguas romances no sólo por una mera razón genética, sino también por tres razones más: 1) porque los referentes de ambas palabras son similares: «agua que cae»; 2) porque las características fónicas del referente (el ruido del agua cayendo) influyen sobre la forma del significante: PL-; 3) por la tendencia natural del hablante para relacionar metafóricamente fenómenos similares, como la LLUVIA y el LLANTO.

Se trata de una aproximación cognitiva a la lingüística histórica, que, como apunta Girón (2005: 178), ha sido notablemente productiva para el desarrollo de la disciplina. Como aclaran Inchaurrealde y Vázquez (2001):

[L]a lingüística cognitiva sostiene que los seres humanos procesan y usan la lengua usando las mismas habilidades cognitivas que usan para relacionarse con el mundo de otra manera. Las unidades lingüísticas se almacenan en el cerebro de la misma manera que se guardan otros segmentos de nuestro universo perceptual y visual. Cada una de estas unidades consta de dos polos, uno fonológico y otro semántico (Inchaurrealde y Vázquez 2000: 216).

Los dos estudiosos comentan que en la organización de la lengua según el polo semántico, los hombres conceptualizan y categorizan el mundo con el fin de darle sentido (Inchaurrealde y Vázquez 2000: 217). Un modo de dar sentido es establecer analogías entre los elementos de las categorías en que se organizan las experiencias, como hace la metáfora, que según Lakoff y Johnson (1995[1980]) es un instrumento cognitivo del que se sirven los humanos

* Correo electrónico: francesco.screti@hotmail.it

para comprender el mundo. En este sentido, la metáfora *llover-llorar* permite «comprender» el fenómeno atmosférico mediante el fisiológico¹.

1. DEL LATÍN A LAS LENGUAS ROMANCES

Los verbos PLOVERE/PLOREARE guardaban un parecido fonético (PL-), que se refleja en las lenguas romances, como demuestra el esp. *llover-llorar*, donde se repite el grupo *ll-*, o el it. *piovere-piangere*, donde se repite *pi-*, etc.

Incluso cuando se ha perdido el verbo PLOREARE (en it. y tar.), el verbo que significa ‘llorar’, PLANGERE (> *piangere*), mantiene una homofonía parcial (PL- > *pi-*). Y esto no puede ser casual, ni deberse solamente al *Principio de regularidad*². La hipótesis es que ya en latín se estableció una relación conceptual de tipo icónico (imitativo) entre cada uno de los dos significantes y su referente (*lluvia* y LLUVIA; *llanto* y LLANTO), como demuestra la onomatopeya del grupo consonántico PL- en PLOVERE/PLOREARE; en segundo lugar, se estableció una relación conceptual de tipo metafórico entre los significados de ambas palabras (*lluvia*≈*llanto* porque LLUVIA≈LLANTO).

Las lenguas romances han mantenido esta homofonía parcial (*ll-* en *lluvia* y *llanto*) no sólo porque proceden del latín, sino también porque conciben en los mismos términos metafóricos la relación entre LLUVIA y LLANTO, dos fenómenos bastante similares, conceptualizando el atmosférico como el fisiológico.

La semejanza de los referentes LLUVIA y LLANTO, se refleja en la similitud del significante (*ll-*) y del significado (lo que permite empleos metafóricos como «la lluvia es el llanto del cielo»), de manera que los tres niveles se refuerzan mutuamente. Esto implica concebir, siguiendo a Bernárdez (2004: 170-72) e Inchaurrealde y Vázquez (2000: 13), la relación significado-significante-referente de una manera menos arbitraria de lo que comúnmente se acepta, parcialmente en oposición al *Principio de la arbitrariedad* del lenguaje de Saussure (1967[1916]: 85-88), tal como plantea la hipótesis fonosimbolista.

2. FONOSIMBOLISMO

En las lenguas romances los ejemplos de la metáfora *llover-llorar* son incontables. Marotta Peramós (2007: 256) afirma que «el primer sentido metafórico de la lluvia, y el más utilizado dentro de los textos poéticos, es el de la relación con el llanto, y por lo tanto con la tristeza»:

¹ Uso *comprender* en el sentido de ‘interiorizar’, es decir, como una manera de reducir mentalmente a escala humana fenómenos más complejos.

² En igualdad de otras condiciones, variaciones fonéticas en un elemento interesan sistemáticamente a todos los demás lexemas con cadenas fónicas similares (Inchaurrealde y Vázquez 2000: 207).

[D]esde el punto de vista poético, la metáfora llanto=lluvia tiene una fuerza extraordinaria que se basa fundamentalmente en dos aspectos: en primer lugar, en su carácter de potente imagen visual y, en segundo [lugar], en la proximidad fónica entre los dos términos, que permite su sustitución recíproca, creando un juego de identidad/semiidentidad en la mente del lector (Marotta Peramós 2007: 257).

Citando a Blas de Otero, esta estudiosa subraya la importancia semiótica del aspecto fónico de los lexemas, y parece sugerir la existencia de cierto fonosimbolismo en el sonido *ll*:-

[La palabra] lluvia tiene diversas cualidades, entre ellas la de ser una de las palabras más originales, pues basta escribirla para ver la lluvia y oír su frágil sonido de hilo transparente [...] todo eso sirve para escribir la lluvia y ver que es una de las palabras, sin duda, más parecidas a la lluvia (Blas de Otero 1980: 57 *apud* Marotta Peramós 2007: 257).

De acuerdo con la misma Marotta Peramós (2007: 257), podemos aplicar a la palabra *llanto* el razonamiento realizado por Blas de Otero a propósito de la palabra *lluvia*.

Como afirma Díaz Rojo (2002: 1), el fonosimbolismo u onomatopeya secundaria es una capacidad de los sonidos para

sugerir, mediante la fonética de la palabra, una idea, una sensación, o una acción [...]. Mientras que en la onomatopeya primaria se asocia un significante a un concepto sonoro —pues fonema y referente comparten la misma naturaleza acústica—, en el fonosimbolismo se pretende vincular directamente un fonema o conjunto de fonemas a una noción no sonora.

En este estudio, se presenta el caso de *PLOVERE/PLORARE/PLANGERE* como un ejemplo de fonosimbolismo, aunque quizá debiera decirse *fonoiconismo* o, con palabras del mismo Díaz Rojo (2002: 10), *fonomimetismo*, ya que la onomatopeya se basa sobre la imitación del sonido del referente.

Díaz Rojo (2002) rechaza el concepto de fonosimbolismo, si se lo considera como una cualidad intrínseca del significante, que mediante sus fonemas evoca directamente conceptos y contenidos sémicos:

esta opinión, que contradice la teoría más aceptada del signo lingüístico, equivale a afirmar, en cierto modo, que el significante es significado en sí mismo [...]; esta idea podría ser parcialmente aceptable en la onomatopeya primaria, dado que el sonido imita el sonido, y, por tanto, hay cierta “identidad esencial”; pero ni siquiera

entre el significado y el significante —cuyas sustancias son de naturaleza totalmente diferente— sino entre el significante y el referente, o, más exactamente, y el sonido característico de la cosa denotada. En el caso de la onomatopeya secundaria, resulta más difícil admitir esta explicación (Díaz Rojo 2002: 9).

En el caso de PLOVERE/PLORARE/PLANGERE, se detecta cierta coincidencia del grupo PL- más allá del azar. La razón «racional» que justificaría esta coincidencia parece estar en la relación cuando menos icónica que guardan los significantes y sus referentes. Los morfemas lexicales PLOV-, PLOR-, PLANG-, serían sonidos onomatopéyicos «primarios», que —en palabras de Díaz Rojo— imitan el sonido característico del referente.

Aun así, no se puede obviar las observaciones de Díaz Rojo, según el cual, el hecho de que los significantes evoquen conceptos abstractos no dependería de una capacidad intrínseca de los fonemas, sino de mecanismos semánticos que *a posteriori* cargan a los significantes de connotaciones añadidas: «en consecuencia, concebimos el fonosimbolismo como la evocación de un concepto por medio de un sonido, pero no de forma directa, sino como resultado de la previa intervención de otros fenómenos basados en la transferencia semántica» (Díaz Rojo 2002: 9-10). En este sentido, el valor fonosimbólico que se otorga al grupo PL- es una construcción *a posteriori* basada sobre la constatación de que los referentes son similares y de que el grupo PL- imita el sonido del referente.

Una segunda opción es considerar PLORARE/PLOVERE/PLANGERE como ejemplos de *fonomimetismo*: el significante imita los sonidos del referente, evocando significados relacionados con el sonido (Díaz Rojo 2002: 10). En PLORARE/PLOVERE/PLANGERE, el significante evoca significados vinculados al sonido del agua cayendo, un rasgo importante de un conjunto de rasgos experienciales de los referentes LLUVIA y LLANTO, con lo que a partir del sonido, pueden surgir conexiones mentales como las que relacionan lluvia y llanto.

Díaz Rojo (2002: 14) destaca que los significantes evocan los posibles atributos sémicos tomándolos de los significados *a posteriori*: «los fonemas o significantes no sugieren a priori ningún rasgo semántico de los conceptos expresados, sino que esos posibles atributos sémicos evocados los toman de los significados a los que van unidos. Se trata de un proceso no onomasiológico, sino semasiológico».

Sin embargo, según Lakoff y Johnson (1995[1980]), los significados de las palabras se componen de rasgos prototípicos de *gestalt* experienciales, que pueden ser comunes a otras *gestalt* experienciales de otras palabras. En el caso de PLOVERE/PLORARE, el grupo PL- imita el sonido del agua cayendo, que es uno de los elementos experienciales de las *gestalt* LLUVIA y LLANTO; por tanto sobre ello se basa la relación semasiológica que se instituye entre los dos significados y entre los dos significantes.

Si se considera que la relación entre los significantes y los significados se establece *a posteriori* por un proceso semasiológico, entonces PLOVERE/PLORE serían un ejemplo de atracción semántica entre signos de una misma lengua: «[una] transferencia de determinados contenidos o rasgos semánticos o connotativos desde una palabra al significante de otra. Para que se produzca esta atracción, las palabras “receptora” y “donante” deben mantener una relación determinada por [la] aparición en un mismo cotexto y contexto» (Díaz Rojo 2002: 15). En este sentido, la frecuencia en la literatura de la metáfora *llover-llorar*, constituiría una coincidencia cotextual y contextual.

Por otra parte, PLOVERE/PLORE podrían ser también un ejemplo de homofonía parcial: « semejanza formal entre dos palabras con significado diferente, que comparten algún lexema, morfema o segmento fónico. [...] Una palabra [...] puede evocar, por su semejanza fónica, el contenido semántico de otro vocablo parcialmente homónimo» (Díaz Rojo 2002: 17); pero podrían también ser ejemplos de homosemia parcial, es decir, de «presencia de uno o varios semas comunes en dos palabras distintas. Debido a esta semejanza conceptual, una palabra, aunque tenga significado propio y este nos sea conocido, puede evocar el contenido expresado por otra palabra con la que comparte algún rasgo» (Díaz Rojo 2002: 18). La palabra *llover*, por ejemplo, podría evocar parte del contenido expresado por la palabra *llorar*, con la que comparte como rasgo esencial de la *gestalt* experiencial, los rasgos ‘agua cayendo’, ‘tristeza’, etc.

En conclusión, Díaz Rojo afirma que sin duda existen algunas palabras con valor fonosimbólico, pero no cree que

[E]ste valor pueda establecerse *a priori* y radique intrínsecamente en la esencia del propio significante, sino que es consecuencia directa de su coocurrencia textual o su semejanza con otras voces pertenecientes al sistema. Toda onomatopeya es un proceso de asignación de un significado a un significante evocador de un sonido, concepto, idea o sensación. Pero esta evocación, lejos de fundarse en una asociación de carácter puramente natural, es un proceso semiótico por el que el sentido del signo onomatopéyico y fonosimbólico se crea dentro de un sistema, es decir, en relación con otros signos, y en situaciones pragmáticas concretas. Por tanto, no existe una relación previa y totalmente natural entre significante y significado, sino que se establece convencionalmente mediante mecanismos de carácter semiótico y cultural (Díaz Rojo 2002: 22-23).

3. LA METÁFORA

Como se ha sugerido arriba, existe una relación metafórica entre lluvia-llanto y llover-llorar, por ejemplo en expresiones como «la lluvia es el llanto del cielo».

Para dar una definición simplificada, se podría decir que la metáfora consiste en el uso de una palabra con un significado o en un contexto diferentes de los habituales. Tradicionalmente se ha considerado como un uso *parasitario* del lenguaje, donde los significados «figurados» superan los «literales», más inmediatamente conectados con el referente primario. En el ámbito de la filosofía del lenguaje, la metáfora complicaba la búsqueda del significado y de la verdad, lo que ha sido la preocupación principal de los estudiosos hasta el giro pragmático impuesto por Austin (1962) hacia el estudio de las condiciones de efectividad del lenguaje.

A lo largo de la investigación lingüística, los enfoques semánticos hacia la metáfora han ido pareciendo cada vez más inadecuados, por no considerar suficientemente las condiciones de emisión, que son objeto de estudio de la pragmática (Escandell Vidal 1993). Por un lado, parece imposible considerar literalmente las metáforas, por constituir unas violaciones patentes de las máximas conversacionales (especialmente la de cualidad) de Grice (1975). Así que mientras Black (1954) considera la metáfora como un símil elíptico o elidido, Searle (1979) plantea su funcionamiento en los términos de la divergencia entre contenido proposicional e ilocutivo o, si se quiere, entre significado semántico y pragmático (Searle 1965, 1976). Por otro lado, Davidson (1978) mantiene que no existe dualidad entre el significado metafórico y el literal, porque las metáforas quieren decir exactamente lo que dicen literalmente.

En el ámbito lingüístico, la metáfora se considera como una de las principales causas de cambio léxico-semántico, es decir, constituye una de las formas más comunes de extensión del campo de aplicación de un lexema. Se usa una palabra para un concepto y un referente que comparten algunos —y sólo algunos— rasgos semánticos con el concepto y el referente literalmente designado por el lexema: *la pata de la mesa, la copa de un árbol, la falda de la montaña*, etc. A menudo, el uso metafórico de una palabra coexiste con el literal hasta institucionalizarse o lexicalizarse, convirtiéndose en una *metáfora muerta*³.

4. LA METÁFORA CONCEPTUAL

Quizá la perspectiva más actual sobre la metáfora es la llamada «aproximación experiencialista» de Lakoff y Johnson (1995[1980]), y su noción de «metáfora conceptual». En este enfoque, el valor veritativo de la lengua, que había sido central

³ La «literalidad», la inmediatez con que una palabra evoca un referente, depende de cuál es el referente más viejo que la comunidad de habla indica mediante la palabra. Considérese, por ejemplo, el vocablo latino TESTA > it. *testa*, fr. *tête*, esp. *testa*, etc.: originariamente indicaba un cuenco de barro y después metafóricamente la cabeza, por iconismo (semejanza de la función del referente más viejo, el contenedor, con la función del nuevo referente, el cráneo, que es el contenedor del cerebro). Finalmente dicho vocablo dejó de indicar el contenedor (primer referente) para pasar a indicar establemente solo el segundo referente.

en la investigación de los filósofos del lenguaje, adquiere un papel secundario, en favor de la experiencia humana y de la comprensión, para la cual la metáfora se revela fundamental:

[P]ara la mayoría de la gente, la metáfora es un recurso de la imaginación poética [...] una cuestión de lenguaje extraordinario más que ordinario. Es más, la metáfora se contempla característicamente como un rasgo sólo del lenguaje, cosa de palabras, más que de pensamiento o acción. [...] Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora, por el contrario, impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica (Lakoff y Johnson 1995[1980]: 39).

En la perspectiva experiencialista, deudora del relativismo lingüístico de Whorf (1971[1941])⁴, son fundamentales dos conceptos:

1. la inadecuación de la teoría de conjuntos finitos y la sustitución de ésta por la teoría de conjuntos radiales, definidos en términos de «prototipos» y de «parecidos de familia».
2. la idea de que los seres humanos organizan sus experiencias como *gestalt*, es decir, como estructuras (modélicas) constituidas por algunas dimensiones (típicas).

Los autores afirman que las relaciones metafóricas se establecen entre eventos diferentes, pero que por algunos de sus rasgos característicos salientes se pueden categorizar como similares. Por lo tanto, *llover* y *llorar* son dos eventos lo bastante diferentes—entérminos de las dimensiones constitutivas de sus *gestalt* experienciales— como para ser considerados distintos, pero lo bastante similares —por algunas de las dimensiones constitutivas de sus respectivas *gestalt* experienciales— como para ser considerados similares. Esta relación de similitud es de tipo metafórico.

Comentan Lakoff y Johnson (1995: 167), a propósito de las frases, con unas observaciones generalizables a los lexemas, que pueden existir «ligaduras automáticas directas entre la forma y el contenido, basadas en metáforas generales de nuestro sistema conceptual. Tales ligaduras convierten la relación entre forma y contenido en algo nada arbitrario». En este sentido, la semejanza del significante en PLOVERE/PLORARE/PLANGERE es significativa y nada arbitraria, porque nace de la imitación

⁴ Cfr. Lakoff y Johnson (1995[1980]: 224): «la gente con sistemas conceptuales muy distintos de los nuestros puede entender el mundo de una manera muy distinta».

onomatopéyica del sonido de los referentes (PL-) y de la relación metafórica entre los dos conceptos (semejanza conceptual).

La pareja *llover-llorar* parece constituir un ejemplo de «metáforas estructurales» (Lakoff y Johnson 1995), porque estructura metafóricamente un concepto en términos de otro, a saber, la lluvia en términos de lágrimas que caen del cielo:

Metaphor is the main mechanism through which we comprehend abstract concepts and perform abstract reasoning. Much subject matter, from the most mundane to the most abstruse scientific theories, can only be comprehended via metaphor. Metaphor is fundamentally conceptual, not linguistic, in nature. Metaphorical language is a surface manifestation of conceptual metaphor. [...] Metaphor allows us to understand a relatively abstract or inherently unstructured subject matter in terms of a more concrete, or at least a more highly structured subject matter (Lakoff 1992).

El LLANTO y la LLUVIA son dos fenómenos presentes desde muy temprano en el desarrollo cognitivo y lingüístico del hablante (en términos ontogenéticos y filogenéticos), pero que, a menos de tener conocimientos de física o de fisiología, resultan ser bastante inexplicables. Esta situación de ignorancia ha caracterizado el ser humano (nivel filogenético) hasta una época muy reciente, y caracteriza el hablante (nivel ontogenético) hasta su escolarización.

Por otra parte son dos fenómenos muy relacionados a nivel icónico e indéxico; la semejanza de los dos referentes (agua cayendo) y la relación de coocurrencia (tristeza causa del llanto y efecto de la lluvia) puede haber favorecido el nacimiento y el refuerzo de la relación metafórica que liga *llover-llorar* en sus significantes (homofonía parcial y onomatopeya) y en sus significados. En este sentido la metáfora permite explicar la causalidad del fenómeno atmosférico, en los términos del fenómeno fisiológico.

5. UN POCO DE GRAMÁTICA HISTÓRICA

En las siete lenguas romances modernas aquí consideradas, el grupo consonántico latino PL- ha evolucionado como sigue:

LATÍN	Italiano	Francés	Español	Portugués	Tarantino ¹	Catalán	Gallego
PL-	pi	pl ²	ll	ch	/kj/	pl	ch

Tabla 1

Debido al *Principio de regularidad*, los resultados de la evolución fonética son sistemáticos, como se desprende de la tabla 2:

latín	Italiano	Francés	Español	Portugués	Tarantino	Catalán	Gallego
PL-	pi-	pl-	ll-	ch-	Ø	pl-	ch-
/pl/	/pj/	/pl/	/□/ /j/	/ʃ/	/kj/	/pl/	/□/
PLANTAM	pianta	plante	planta ³	planta	chiantë /kjandə/	planta	planta
PLUMAM	piuma	plume	pluma ⁴	pluma	piumë /pjumə/	ploma	pluma
PLURALEM	plurale ⁵	pluriel	plural	plural	plurâlë /plur□lə/	plural	plural
PLENUM	pieno	plein	lleno	cheio	chiënë /kjenə/	ple	cheo
PLUMBUM	piombo	plomb	plomo	chumbo	chiummë /kjummə/	plom	chumbo
PLORARE	Ø ⁶	pleurer	llorar	chorar	Ø Ø	plorar	chorar
PLANGERE	piangere	plaindre	Ø	Ø	chiangërë /kjan□ərə/	Ø	Ø
PLOVERE	piovere	pleuvoir	llover	chover	chiōvërë /kj□vərə/	ploure	chover
PLOVIAM	pioggia	pluie	lluvia	chuva	piōggë /pj□d□ə/	pluja	choiva ⁷
PLANTUM	pianto	Ø	llanto	pranto ⁸	chiantë /kjandə/	plany	pranto
PLANUM	piano/ piano	plan/ plan	llano/ plano	chan/ plano	chiânë /kj□nə/	pla	chan
PLAGAM	piaga	plaie	llaga	chaga	chiaghë /kj□gə/	plaga	chaga
PLORUM	Ø	pleurs	lloro	choro	Ø Ø	plor	choro

Tabla 2

Como se ha anticipado arriba, los resultados son sistemáticos; en este sentido no sorprende que el it., que perdió PLORARE > **piorare*, conserva el grupo *pi* < PL- en *piangere* < PLANGERE.

Y no deja de ser interesante que incluso con un cambio léxico, debido al deslizamiento léxico-semántico de PLANGERE y a la desaparición de PLORARE, el verbo que en it. significa ‘llorar’, es decir, *piangere*, contiene el sonido *pi* < PL-.

Puede que no se trate de una mera coincidencia, sino que este grupo PL- se haya mantenido en *piovere-piangere* por imitar icónicamente el ruido de los líquidos (onomatopeya), lo que ha favorecido el nacimiento y la perdurabilidad de la metáfora *pioggia/pianto*.

La onomatopeya caracteriza también todos los lexemas de los respectivos campos léxico-semánticos: *lluvia*, *llovizna*, *llover*, etc. y *llanto*, *llorar*, *llorón*, *llorica*, *lloriqueo*⁵.

⁵ Todas las palabras del mismo campo léxico-semántico tienen el mismo grupo consonántico: ya sea las que derivan directamente del latín, por ejemplo en esp., *llorar*, *llanto*, *llover*, *lluvia*, ya sea las que se formaron sobre

6. CAMBIO LÉXICO-SEMÁNTICO: *PLORARE/PLANGERE*

Obsérvese de nuevo la tabla 2 y el ejemplo de cambio léxico-semántico que ha tenido lugar en it. entre *PLORARE* > **piorare*, correspondiente a *llorar* y *piangere* < *PLANGERE*:

[I] mutamenti di significato avvenuti nel latino parlato dell'età imperiale sono assai numerosi: [...] per esprimere il dolore non basta piu *PLORARE*, ma si dice che ci si graffiano le guance, ci si picchia il petto: questo significavano *LANIARE SE, PLANGERE*, che poi passano semplicemente a *lagnarsi e piangere* (Migliorini 2004: 43).

El verbo *PLANGERE* significaba ‘batirse el pecho’, y *PLORARE*, ‘llorar’, pero con el tiempo, *PLANGERE* se vació del significado principal, para adquirir el de *PLORARE* que, a su vez, se perdió en los dialectos italianos vulgares. El it. literario y culto mantuvo un residuo de *PLORARE* en el verbo *implorare*. Los deslizamientos semánticos son muchas veces metafóricos, aunque en este caso se trate más bien de una sinécdoque (la parte por el todo), que es un tipo particular de metonimia: *PLANGERE* (parte) es una de las actividades que se hacían durante el *PLORARE* (todo); finalmente, en la lengua popular, la parte sustituyó al todo. Como evidencian Lakoff y Johnson (1995[1980]: 73-78), en la metonimia el hablante usa una entidad para referirse a otra que está relacionada con ella. Como la metáfora, este fenómeno lingüístico también es un mecanismo cognitivo orientado a la comprensión.

Nótese que el fr. conserva ambos verbos *pleurer* (< *PLORARE*) y (*se*) *plaindre* (< *PLANGERE*), ‘quejarse’, que también es una metonimia del verbo latino *PLANGERE*, pues el que llora se está también quejando. En esp., port., cat. y gall., en cambio, el verbo *PLANGERE* se perdió, pero dejó palabras como el esp. *planto* (*canto fúnebre*), *plañir* (cat. *plànyer*), *plañido*, *plañimiento* (cat. *plany*), etc.

6. Fonosimbolismo del grupo *pl-*

Para dar cuenta de la función fonosimbólica del grupo consonántico *PL-* en latín, recogemos del *Diccionario Etimológico Italiano*⁶ las definiciones de *piangere* y *piovere*.

una base esp. evolucionada a partir de la base latina *lloriquear* < *llorar*, *llorón* < *llorar*, *llorica* < *lloriquear*, etc.

⁶ www.etimo.it

piangere: [...] dal *lat.* PLANGERE, che propriam. vale *percuotere con rumore*, e confronta col *gr.* pláz-ein (per plàg-jein) —fut. plaxô— congenere a pléssein (per *plèg-jein), che del pari hanno il senso di *battere, urtare, colpire*: dalla *rad.* PLAG=PLEG- (che per taluno sembra imitazione onomatopeica del suono che fa un urto), ond'anche il [...] *ted.* platsch-en *scrosciare*: onde “piangere” esprimerebbe l'atto di chi per dolore si batte la fronte e l'anca (*cf.* pelago, piaga, plagio, plettro, apo-plessia, emi-plegia, para-plegia, in-fliggere, flagello).

piovere: [...] da una *rad. indoeuropea* PLAV-, PLU- *scorrere*, che nelle varie lingue assume ora il significato di *nuotare, fluttuare, galleggiare*, or quello di *navigare*, or gli altri di *fluire* e di *piovere* [...]. *Sscr.* plu-v-ê [...] *navigo, nuoto, fluttuo*, pla-v-as *nave, navigazione* [...]. *Gr.* plôð, plê-ð *nouto, navigo* e propr. *scorro sulle acque*, plòs, ploÿs *navigazione*, plotòs *nuotatore* [*cf.* el fr. *plonger* “nadar bajo el agua”, n.d.r.] [...]. *Got.* flô-dus (=ing. flood) *fiume, a. a. ted.* flew-iu *ondeggio* [...] *ang-sass.* flôwan = *ingl.* to flow *inonodare* (cangiata la P originaria in F, come di frequente nell'idioma germanico). *Lat.* plo-ro *piango, verso lacrime*. Cadere l'acqua dal cielo; *per estens.* Cader dall'alto in abbondanza a similitudine della pioggia.

Ambas definiciones hacen explícita referencia a los líquidos o a las percusiones que el grupo consonántico PL- parece imitar.

El diccionario apunta también la relación del grupo PL- con FL-, que se puede encontrar también en numerosas palabras relacionadas con el agua, como esp. *flujo, flotar, fluvial*, etc. donde se ha conservado, como en fr. *flux, flotter, fleuve, fluvial*, port. *fluxo, flutuar, fluir*, cat. *fluix, fluctuar, fluir, fluvial* y gall. *fluxo, fluctuar, fluir, fluvial*. En it., en cambio, el grupo FL- se ha transformado en *fi-*, como *fiotto* < *FLUCTUM, *fiume* < FLUMEN, etc., o se ha conservado, como en los cultismos *flusso* < FLUXUM, *fluviale* < FLUVIALEM, *fluire* < FLUERE, *fluttuare* < FLUCTUARE, *flutto* < *FLUCTUM, etc.

Se puede observar que, como en muchas otras palabras relacionadas con los líquidos, hay un grupo consonántico constituido por una bilabial o labiodental sorda y una líquida⁷: FL- o PL-. Esta correlación entre los referentes cuyo rasgo principal es el estado líquido y las consonantes labiales o labiodentales que caracterizan los significantes de las palabras que los indican, como en PLOVERE/PLORARE/PLANGERE o FLUERE/FLUXUM/FLUMEN, parece ser un indicio de fonosimbolismo o de fonomimetismo. El grupo consonántico FL- ha mantenido la labiodental sorda también en *ingl.*: *flow* < FLUERE. Más en general, se observa cierta correlación entre la oclusiva bilabial y la

⁷ Es interesante notar que el nombre mismo con el que se indica la consonante //l/, es decir *liquida*, es una referencia metafórica al tipo de referentes que indican las palabras que contienen este sonido, es una metáfora que indica el carácter onomatopéyico de la consonante, que imita el ruido de los líquidos fluyendo.

labiodental, como demuestra la evolución en las lenguas germánicas de $p > f$, por ejemplo, en PATER > *father*, PEDEM > *foot*, etc.

7. OBSERVACIONES FINALES

Parece existir, al menos en el ámbito de las lenguas romances, una relación fonosimbólica (a nivel de significante) entre los grupos consonánticos FL-/PL- y los referentes en estado líquido. El hecho de que PLOVERE/PLOREARE/PLANGERE compartan la raíz PL- sugiere relativizar el *Principio de arbitrariedad* del lenguaje, aunque sin llegar a una interpretación radical de la hipótesis fonosimbolista.

Existe una relación metafórica (a nivel de significado) entre *llover/llorar*, donde *llover* es el *llanto del cielo*, presente ya en PLOVERE/PLOREARE, ha pasado en todas las demás lenguas romances, favorecida por la semejanza a nivel del significante. Por otro lado, es posible que la analogía fónica se haya mantenido y transmitido a las lenguas romances también por efecto de la relación icónica de semejanza a nivel semántico y de referente.

La relación metafórica entre la lluvia y el llanto, se configura como un *mapping* entre algunos rasgos, visibles o inferibles, del fenómeno fisiológico y otros del fenómeno atmosférico: agua cayendo del cielo o de la cabeza (rasgo visible), sentimiento de tristeza, causa del fenómeno fisiológico y efecto del fenómeno atmosférico (rasgo inferible). Esta observación es coherente con la idea de Lakoff y Johnson (1995[1980]: 196) de que «las metáforas conceptuales se fundamentan en correlaciones dentro de nuestra experiencia. Estas correlaciones experienciales pueden ser de dos tipos: simultaneidad (conurrencia) experiencial y semejanza experiencial».

Definiendo en términos metafóricos la relación semántica entre *llanto* y *lluvia* hemos definido la lluvia como *el llanto del cielo* y no el llanto como *la lluvia del hombre*. Esto se debe al egocentrismo cognitivo del ser humano y al hecho de que su centro de referencia es él mismo (Inchaurrealde y Vázquez 2000: 5)⁸.

El estudio de la metáfora permite penetrar en la historia de una lengua, la cultura del pueblo que la habla, sus relaciones con el mundo y con los otros pueblos, la cognición de los hablantes. En este sentido, por ejemplo, nuestro ejemplo demuestra la tendencia a la observación de la realidad por parte de los hablantes, las maneras cómo

⁸ Existen expresiones que conceptualizan metafóricamente fenómenos fisiológicos como atmosféricos (por ejemplo la micción definida como una *lluvia dorada*), pero, por lo general, las metáforas se originan a partir de las experiencias más inmediatas a nivel filogenético y ontogenético; ahora, pues, en general el elemento a partir del cual se comparan los fenómenos nuevos suele ser el propio cuerpo, que es el primero y principal criterio para percibir y comprender el mundo. Las inversiones del punto de vista, como la citada arriba, son escasas y no limitan, sino confirman, el alcance de la teoría experiencialista de la metáfora.

construyen inferencias causales, desvela los modos cómo categorizan la realidad y el complejo juego de relaciones que los hablantes instituyen entre los signos y sus referentes, como entre los propios signos que constituyen el sistema semiótico (Díaz Rojo 2002: 22-3).

La aproximación «experiencialista» del lenguaje, sugiere la imagen de un hablante que, como el primitivo de Lévi-Strauss (1969) en términos filogenéticos o como el niño de Piaget (1960) en términos ontogenéticos, observa y estudia la realidad, tratando de explicarla, relacionándola con lo más inmediatamente cercano: su cuerpo o sus instintos (Lakoff y Johnson 1995[1980]: 36). En este sentido, la metáfora *llover-llorar* parece sugerir que el hombre, cuando afirma que «la lluvia es el llanto del cielo», *nombra* la naturaleza y la explica reduciéndola mentalmente a su escala.

Este artículo puede también tener un empleo práctico y constituir un gancho entrañable para estudiantes de lingüística histórica, de filología románica, o de cualquier lengua románica L2. Es un ejemplo de la variedad de los fenómenos lingüísticos y de la cantidad de cuestiones interesantes que descubre una aproximación comparativa (diacrónica o sincrónica). La idea es aprovechar prácticamente conocimientos y métodos de la lingüística histórica y las posibilidades del método contrastivo, por ejemplo, en la enseñanza de lenguas románicas L2 (Screti 2008), como apunta también Girón (2005: 185), cuando destaca, a propósito de la importancia y de la utilidad de la gramática histórica, que «la diacronía vuelve a estar en el foco, incluso con un papel protagonista en la comprensión de la sincronía de las lenguas».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUSTIN, John Langshaw (1990[1962]). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, Paidós.
- BERNÁRDEZ, Enrique (2004). *¿Qué son las lenguas?*. Madrid: Alianza.
- BLACK, Max (1998[1954]): «Metáfora». Valdés Villanueva, Luis M. (ed.), 549-567.
- DAVIDSON, Donald (1998[1978]): «Lo que significan las metáforas». Valdés Villanueva, Luis M. (ed.), 567-587.
- DÍAZ ROJO, José Antonio (2002): «El fonosimbolismo ¿propiedad natural o convención cultural?». *Tonos Digital*, 3 [en línea], <<http://www.tonosdigital.com/>> [Última consulta: 10/02/2009].
- ESCANDELL VIDAL, María Victoria (1993): *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Ariel.
- GIRÓN, José Luis (2005): «Perspectivas de la lingüística histórica románica e hispánica». *La Corónica*, 34.1, 176-189 <<http://college.holycross.edu/lacoronica/dod/giron.pdf>> [Última consulta: 10/02/2009].

- GRICE, Paul (1991[1975]): «Lógica y Conversación». Valdés Villanueva, Luis M. (ed.), 511-530.
- INCHAURRALDE Carlos e Ignacio VÁZQUEZ (eds.) (2000): *Una introducción cognitiva al lenguaje y a la lingüística*. Zaragoza: Mira.
- LAKOFF, George y Mark JOHNSON (1995[1980]): *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- LAKOFF, George (1992): «Contemporary Theories of Metaphor» [en línea], <<http://uchcom.botik.ru/IHPCS/MET/WebLibrary/Lakoff/The-Contemporary-Theory-of-Metaphor.html>> [Última consulta: 10/02/2009]
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1969): *El pensamiento salvaje*. Buenos Aires. Paidós.
- MAROTTA PERAMÓS, Mirella (2007): «Como lagrimas en la lluvia». *Revista de Filología Románica*, Anejo v, 255-264 [en línea], <<http://revistas.ucm.es/fli/0212999x/articulos/RFRM0707220255A.PDF>> [Última consulta: 10/02/2009].
- MIGLIORINI, Bruno (1987): *Storia della lingua italiana*. Milano: Bompiani.
- OTERO, Blas de (1980): *Historias fingidas y verdaderas*. Madrid: Alianza.
- PIAGET, Jean (1960[1934]): *La causalidad física en el niño*. Madrid: Espasa Calpe.
- SAUSSURE, Ferdinand De (1967[1916]): *Corso di linguistica generale*. Bari: Laterza [Introduzione, traduzione e commento di Tullio De Mauro].
- SCHMIDELY, Jack (2001): *De una a cuatro lenguas*. Madrid: Arco Libros.
- SCRETI, Francesco (2009): «Una lengua cuatro lenguas: propuesta didáctica cuatrilingüe para la intercomprensión entre romanófonos». Laura Romero y Carolina Juliá Luna (coords.), *Tendencias actuales en la investigación diacrónica de la lengua* (Actas del VIII Congreso Nacional de la AJHLE, Barcelona 2-4 de abril de 2008). Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona, 489-504.
- SEARLE, John (1991[1965]): «¿Qué es un acto de habla?». Valdés Villanueva, Luis M. (ed.), 431-448.
- SEARLE, John (1991[1976]): «Una taxonomía de los actos ilocucionarios». Valdés Villanueva, Luis M. (ed.), 449-476.
- SEARLE, John (1998[1978]): «Metáfora». Valdés Villanueva, Luis M. (ed.), 588-623.
- VALDÉS VILLANUEVA, Luis M. (ed.) (1991). *La búsqueda del significado*. Madrid: Tecnos/Universidad de Murcia.
- VALDÉS VILLANUEVA, Luis M. (ed.) (1998[1991]). *La búsqueda del significado*. Madrid: Tecnos/Universidad de Murcia [2ª edición ampliada].
- WHORF, Benjamin Lee (1971[1941]), «La relación del pensamiento y el comportamiento habitual con el lenguaje». Benjamin Lee Whorf, *Lenguaje, pensamiento y realidad*. Barcelona: Barral, 155-183.